

La lucha por el sentido: entre los sistemas pre-reflexivos y el espacio público

Dr. Raúl A. Rodríguez

Córdoba, Junio del 2013

El concepto de “industrias culturales” incorporado a los estudios sobre la comunicación social trasciende el sentido con el cual fue delimitado por Adorno y Horkheimer en la década de los años 1940 en *Dialéctica de la Ilustración* (Horkheimer & Adorno, 1998). Mi intención no es centrar esta exposición en la conceptualización original ni en las reelaboradas, posteriormente, dentro y fuera de la tradición de la Teoría Crítica. Sólo voy a señalar que esta expresión, originariamente, es descriptiva y, al mismo tiempo, valorativa: encierra dentro de sí una teoría de la modernidad y una filosofía de la historia centrada en la evolución de la razón. El núcleo de la teoría de la “industria cultural”, *mutantis mutandis*, se refiere a la cultura y, más particularmente, al arte, en relación con el fenómeno observable de cómo la tecnología pasa del ámbito fabril al arte e incide en esta, conformando formas de creatividad subordinadas a la lógica de la masificación y el mercado.

Esta perspectiva crítica de la modernidad en el contexto del desarrollo del capitalismo entre fines del siglo XIX y comienzos del XX ya había tenido su expresión más ostensible y con pretensiones normativas como crítica a la cultura urbana, en la denominada *Kulturkritik* - observada críticamente por Adorno (Adorno, 1962) - inaugurada por Nietzsche sobre la cultura tensionada entre lo dionisiaco y lo apolíneo pero también, en Baudelaire, Simmel, Kracauer, Benjamin ; aunque en estos, con menos pretensiones normativas que la *Kulturkritik*.

La expresión “industrias culturales” conlleva, también, la impugnación de una cultura que inexorablemente se hace ajena a los hombres no obstante, ser emergente de ellos; se cosifica como una dimensión social que inhibe la realización del hombre autónomo, es decir, la de cumplir la promesa emancipadora que alienta el espíritu de la modernidad. No obstante estas connotaciones, el concepto de “industrias culturales” se ha popularizado y transformado en una metáfora de la idea de cultura en la sociedad capitalista. Con esto, mecánicamente, se alude a que la producción masiva de una cultura (y no necesariamente el arte) conforma,

formatea, las creencias de un sujeto cuya consciencia es una suerte de naturaleza pura o tabula rasa donde la cultura escribe y delimita el sentido. Aún más, este fin se logra porque tal cultura asimilada a las formas de la producción capitalista se ha transformado en un dispositivo mecánicamente organizado e inscripto en los engranajes del sistema social. Tal visión contraponen la idea de una cultura con energía emancipadora, per se, a una cultura-factoría asimilada a la producción capitalista. Así se subraya la nostalgia de un momento idealizado del arte que, por cierto, en Europa, ya desde el Renacimiento, Los Medici, Miguel Ángel como con otros, evidencian los límites del arte autónomo y el arte subsidiado por el poder.

Por cierto no comparto esta opinión negativa del arte y la cultura en la sociedad de masas que no deja de ser, desde otro punto de vista, una sociedad de clases. Me quiero referir a la cultura, en un sentido amplio, que va más allá del arte y que nos comprende a todos los sujetos sociales en tanto dadores y reproductores de sentidos; y cómo en este ámbito cultural los comunicadores sociales, al desplegar sus prácticas profesionales, se involucran en una lucha por el sentido, sin ser ellos los exclusivos agentes productores de este.

La cultura vivida, producida y reproducida articulada en la vida social implica cosmovisiones, mentalidad colectiva, sistema de normas y sistema de valores. Esto no es estático; su dinámica está impulsada por crisis de sentido o sea, de razonabilidad. Estas crisis de sentido, cuando suceden, reflejan un desajuste generalizado entre (1) sustratos pre-reflexivos y (2) proyecciones de mundos imaginados tan heterogéneos como (3) imágenes de mundo se dan en el interior segmentado de las sociedades. Así, las categorías que voy a usar son: (a) mundo vivido, (b) imágenes de mundo e (c) imaginarios sociales o de mundos posibles. Junto a estas, veremos cómo se aplica la noción de (d) plexo pre-reflexivo para poder acercarnos a una comprensión teórica sobre cómo sucede una construcción discursiva desplegada en el espacio público que participa en la lucha por el sentido, por ejemplo, como las que suceden en la comunicación masiva de la información. Para ello debemos partir de la idea ya desarrollada en las teorías de la sociedad según las cuales una sociedad articula a través de la cultura la integración sistemática e instituida de una heterogeneidad de posicionamientos de segmentos sociales. Estos segmentos no se delimitan acabadamente como clases sociales; o sea, a partir de un punto de vista económico. Con esto quiero subrayar que se dan culturas y subculturas dentro de las cuales se pueden reconocer diversas formas de luchas por el sentido. Tales culturas y subculturas no se identifican estrictamente con las clases sociales (Rodríguez, 1998) .Estas luchas no las interpreto como luchas

estratégicas por la hegemonía de poder sino, como luchas por la razonabilidad del punto de vista que tiene una pretensión de razonabilidad universal homogénea para todos los segmentos sociales. El sentido o razonabilidad de un discurso con pretensiones normativas, por ejemplo, como es el discurso del periodista-político, necesita estructurar la consistencia del mismo articulando convicción y argumentación, tomadas ambas como convicción y argumentación colectiva. La convicción, entiendo, se afina en una dimensión pre-reflexiva, a-crítica, dadora del sentido último que sostiene lo que consideramos obvio; la argumentación, por otra parte, es reflexividad discursiva que se manifiesta en el espacio público. Tal argumentación encuentra su legitimidad en elementos de juicios tomados de las circunstancias que rodean la argumentación (Toulmin, 2007) (Toulmin, 2003)

Para no extenderme en consideraciones teóricas, apelo a ejemplos que, posiblemente, puedan facilitar una economía argumentativa sobre el tema con cuyo título aludo a: sentido, pre-reflexividad y espacio público.

Partamos de una observación empírica que pueda ejemplificar estas dimensiones a las que me refiero: El triunfo de los EEUU sobre el campo socialista a fines del siglo XX no es el triunfo de la “dialéctica de la Ilustración” (Horkheimer & Adorno) o la historia inexorable en su marcha hacia el Espíritu Absoluto (Hegel). Son condiciones históricas y, por consiguiente, contingentes, las que favorecen la hegemonía cultural, política, económica y militar de los EEUU. La derrota del campo socialista europeo no es militar. Que los EEUU tengan la fortaleza militar superior para doblegar cualquier país que pretenda construir el socialismo quedó en duda en Asia, en la década de los años 70, con la derrota militar que sufrieron en Vietnam, Laos y Camboya. La derrota del comunismo europeo ha sido sobre todo, en el campo cultural, al imponer un estilo de vida, o sea, una imagen de mundo, como apetecible y adecuada para la realización de nuestra felicidad. Pensemos en el *American way of life* y todos sus accesorios culturales. Esto fue carcomiendo la forzada cultura de la solidaridad y austeridad que el Estado socialista quería direccionar en sus respectivas sociedades. Surge, entonces, el interrogante si la dominación cultural de los EEUU es consecuencia de la imposición sutil de prácticas discursivas de claro contenido anticomunista que promovieron una forma de cultura extraña al ideal del hombre solidario y, todo esto, a través de recursos estratégicos, tecnológicos y de mercadeo. Con esto afirmamos que la cultura norteamericana se impone más por atractivos propios que por una acción militar.

Creo que analizar las transformaciones culturales nos exige una focalización del problema en distintos estratos conceptuales que delimiten una ontología de la cultura y de la sociedad en esta porción del siglo XXI.

Cuando llegamos a la segunda mitad del siglo veinte con mayores certezas teóricas que abonan la idea de que los hechos sociales son significantes se supera, así, la certeza epistemológica de tomar a los hechos sociales como cosas (Durkheim) que, junto a una visión positivista de los fenómenos sociales, había menguado el campo de investigación en ciencias sociales. Postular el carácter de significativo semiótico de los acontecimientos sociales no quiere decir que se prescinde de su materialidad empírica pero, tampoco se reducen a una descripción de la experiencia sensible: debemos considerar también y, fundamentalmente, que son objetivaciones de significaciones sociales compartidas por algunos individuos y por algunos medios.

Para comprender el carácter semiótico de los fenómenos u objetos sociales: cultura, acciones sociales y discursos, bien nos puede ayudar en nuestra argumentación la sociología fenomenológica con el concepto husserliano de “mundo de la vida / mundo vivido [Lebenswelt]” (Husserl, 1991) y junto a esto, desde otra perspectiva, la noción de “imaginario social” (Cristiano, 2012), tomado aquí, *tout a court*.

El sentido o razonabilidad de los discursos expuestos en el espacio público cuando se orientan hacia la postulación del cambio social tienen la pretensión de reorientar el sentido hacia la aceptación de nuevos mundos posibles (Elster, 1994). Esta intención discursiva que promueve el cambio social implica un momento de crítica o negatividad valorativa que estalla en el interior de la imagen del mundo actual que tenemos y, al mismo tiempo, un momento positivo, prospectivo, como *telos* del ordenamiento social, es decir, un mundo posible imaginado. La acción discursiva es praxis política en el sentido de producción de sentido para la organización y auto-organización social.

Tanto la idea de que somos actores y autores de nuestra propia historia como también, la idea según la cual el obrar humano se endereza en una dirección que es la realización de su autonomía y libertad, es el ideal social, el imaginario social de la Modernidad. La condición para el logro del progreso hacia la autonomía y la libertad esta señeramente representado por Kant: la razón humana tiene el don de la posibilidad de la realización plena del hombre a través de la autorreflexión, sin tutores. En su famoso artículo *¿Qué es la Ilustración?* (Kant & al, 1988) Kant ubica la dimensión de la autorreflexividad no en la relación dialógica entre dos, como podría ser en la teología católica la relación en la confesión, sino en el espacio

público social donde se despliega la razón discursiva que allana el camino para la razón universal autónoma.

Habermas, tras un largo recorrido teórico, por ejemplo, a través de este recurso kantiano desemboca en una filosofía de la democracia y en la postulación de una ontología del espacio público (Habermas, 1999). Este espacio es al mismo tiempo formal e informal y es allí donde se despliega la acción transformadora social: condición de posibilidad para la realización personal. La vida pública democrática es el escenario de prácticas discursivas que reproducen las instituciones y la cultura. También, donde tales prácticas se proponen alterar las instituciones y la cultura encausándolas hacia una dirección: el imaginado mundo posible.

Las prácticas discursivas expuestas en el espacio público a través de la crítica significan (1) al mundo presente por medio de una imagen del mundo actual asumida por el crítico. Al mismo tiempo, (2) con la crítica se promueve un mundo imaginado como posible. Pues bien, la razonabilidad o sentido de determinadas formas discursivas – como es el caso del discurso periodístico- logran sus cometidos performativos en la medida que tienen un engarce con convicciones socialmente compartidas (imagen del mundo actual e imagen de un mundo posible). Tales convicciones no sólo dan cuenta de intereses económico-estratégicos sino también, de cosmovisiones susceptibles de generalización. Estas cosmovisiones o cosmologías generalizadas (Gonnet, 2013) implican creencias compartidas. Aquí habría que distinguir entre creencias razonadas: que son conocidas reflexivamente por los sujetos (argumentadas) y creencias naturalizadas que hacen a un horizonte pre-reflexivo.

En el espacio público las discusiones que se sostienen apelan a la racionalidad argumentativa o discursiva inscripta socialmente y, así, escenifican la lucha entre imaginarios de mundos posibles. El recurso argumentativo en que se asientan esas discusiones no deriva de una razón “pura”, desinteresada, sino, una razón ontológicamente modelada por cosmovisiones previas, acríticas y naturalizadas. De esta manera, cuando se da la crítica como reflexividad normativa, sus nutrientes no provienen de una razón incondicionada sino, más bien, de un horizonte de sentido no verbalizado, de una cosmología pre-reflexiva. Esta cosmología es la que legitima y naturaliza los imaginarios de mundos posibles que aparecen como correctivos de las imágenes actuales de mundo. En ningún caso estamos ante creencias individuales ni de información de cosecha propia: son las “formas generalizadas de comunicación” (Habermas, 1987) las que configuran

los lenguajes con los cuales creemos, pensamos, nos comunicamos y damos formas a nuestras críticas y expectativas.

Sentidos y significaciones generalizadas como también, normas, valores y sistemas pre-reflexivos son destacables en una disección de la que se sintetiza como “la cultura”.

Resumiendo, tenemos por una parte (a) las imágenes de mundo y, por otra parte, (b) los mundos posibles imaginados como sentidos prospectivos que orientan las acciones. En consecuencia, la lucha social y política representa esta dicotomía entre formas de mundo vividos y construcción de un mundo posible que desde un principio de esperanza realice la promesa de felicidad. Hacia esto apunta, en última instancia, el sentido o razonabilidad de lo que se postule.

La racionalidad implicada en el espacio público es reflexiva, argumentativa, discursiva. No se reduce a una racionalidad dialógica entre individuos bien intencionados; en sus “aparentes diálogos” se pone en juego la auto-reflexión social, colectiva que es la que les dará razonabilidad a las argumentaciones expuestas. Toda argumentación pública refleja, así, la heterogeneidad de horizontes de sentido.

Esta preocupación teórica atravesó a las ciencias sociales por medio de las teorías de la ideología, primero, y, luego, desde el pragmatismo, superando la escisión entre conciencia y mundo al ubicar al hombre como signo de un mundo social intersubjetivo que nos preexiste y nos constituye como sujetos hablantes: “La palabra o signo que el hombre usa es el hombre mismo” (Peirce, 1987, pág. 7).

Ese espacio pre-reflexivo que sostiene las cosmovisiones e implica un mundo vivido se pone en evidencia en las crisis de los sentidos naturalizados que repercuten en la identidad personal y la identidad social, cultural.

Es suma, se configura una ecuación social que relaciona mundo vivido, pre-reflexivo, más cultura, como sistema de valores y normas susceptible de argumentación. Junto a esto, la crítica, como evaluación de los desajustes entre la imagen de mundo que nos contiene y el imaginario de un mundo mejor y posible desde un principio de esperanza (Bloch, 2007) que confía en la felicidad.

Ahora bien, ¿cómo se evidencia la diversidad de horizontes pre-reflexivos que dan sentido a las luchas por la realización de esa esperanza en un mundo mejor?

Retomo una situación empírica: Las denominadas crisis de la identidad argentina o bien, latino-americana.

Los desajustes, rupturas y paradojas de la identidad combinan esos estratos conceptuales que hemos delimitado. Las grandes perspectivas de cambios sociales que se pueden narrar en América entre el siglo XIX y XXI van desde de la configuración de un ideario “nacional” de sectores sociales de origen europeo que bregan por la independencia de las metrópolis coloniales (Anderson, 1993); más tarde, por un imaginario social de “luchas por la liberación nacional y social”, en paralelo a la denominada “Guerra Fría” y, por último, en nuestro tiempo, el planteo de la “recuperación de la identidad de los pueblos originarios” con un hito significativo: la conformación, en el año 2009, del primer estado plurinacional, Bolivia, con el primer presidente indígena de América. Todos estos imaginarios de mundos posibles que orientaron luchas sociales no escapan al ideario de la Modernidad sobre la autonomía. De este modo, la promesa de felicidad implica la realización de los hombres concretos, históricos, sociales, culturalmente heterogéneos en una perspectiva nunca concluyente ni nunca síntesis de la diversidad. La realización, inevitablemente, sólo es posible a través de la praxis política. En suma, la realización individual es social-política, la autonomía la indeterminación y la libertad, el norte de su brújula.-

Bibliografía:

- Adorno, T. (1962). *Prismas. Crítica cultural y sociedad*. Barcelona: Ariel.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bloch, E. (2007). *El principio esperanza*. Madrid: Trotta.
- Cristiano, J. (2012). Lo imaginario como hipótesis sociológica: entre la revolución y el reencantamiento del mundo. *Intersticios*, <http://www.intersticios.es/article/view/8884>.
- Elster, J. (1994). *Lógica y sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- Gonnet, J. P. (2013). *La interpretación simbólica del orden organizacional*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales- Universidad de Buenos Aires.
- Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa, vol 2*. Madrid: Taurus.

- Habermas, J. (1999). *La inclusión del otro*. Barcelona: Paidós.
- Horkheimer, M., & Adorno, T. (1998). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta.
- Husserl, E. (1991). *Crisis de las Ciencias Europeas y la Fenomenología Trascendental*. Barcelona: Crítica.
- Kant, I., & al, e. (1988). *Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?* . Madrid: Tecnos.
- Peirce, C. S. (1987). *Obra lógico semiótica*. Madrid : Taurus.
- Rodriguez, R. A. (1998). *El significado en los objetos sociales*. Córdoba: Pub UNC.
- Toulmin, S. (2003). *Regreso a la razón. El debate entre la racionalidad y la experiencia y la práctica personales en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Península.
- Toulmin, S. (2007). *Los usos de la argumentación*. Barcelona: Península.